



Pampa Iluga y las “chacras” de los ancestros (Tarapacá, norte de Chile): tensionando materialidades y ontologías desde la arqueología

Pampa Iluga and “chacras” of the ancestors (Tarapacá, northern Chile): tensions between materialities and ontologies in archaeology

Mauricio Uribe

Departamento de Antropología, Universidad de Chile (Santiago, Chile) mur@uchile.cl

Carolina Agüero

Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama, Chile) maguero@ucn.cl

Gloria Cabello

Centro de Estudios Interculturales e Indígenas, Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica (Santiago, Chile) glcabello@gmail.com

Magdalena García

Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama, Chile) manegarciab@yahoo.com

María José Herrera

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, Argentina) majo.hersot@gmail.com

Roberto Izaurieta

Departamento de Antropología, Universidad de Chile (Santiago, Chile) izaurieta@gmail.com

Antonio Maldonado

Centro de Estudios Avanzados en Zonas Áridas, Universidad de La Serena (La Serena, Chile) antonio.maldonado@ceaza.cl

Valentina Mandakovic

Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá (Arica, Chile) v.mandak.seyler@gmail.com

Thibault Saintenoy

Instituto de Ciencias del Patrimonio (Santiago de Compostela, España) thibault.saintenoy@incipit.csic.es

Francisca Santana-Sagredo

Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica (Santiago, Chile) francisca.santana@uc.cl

Francisca Urrutia

Departamento de Antropología, Universidad de Chile (Santiago, Chile) solinaria@gmail.com

Alejandra Vidal-Elgueta

Departamento de Ciencias Biológicas, Pontificia Universidad Católica (Santiago, Chile) aavidal@uc.cl



Resumen

Se presenta el sitio Iluga Túmulos de la región de Tarapacá, Chile. El sitio se localiza en Pampa Iluga, al sur del Cerro Unitas donde se dispone el geoglifo Gigante de Tarapacá y al oeste de la quebrada de Tarapacá. Se asocia a miles de hectáreas de campos de cultivo y sistemas de irrigación, vinculados a un notable complejo de túmulos y arquitectura pública y residencial. En medio de las “chacras” existe un conjunto de 122 túmulos que presentan agrupamientos específicos. También se observan áreas de actividad y recintos con y sin arquitectura. Entre éstos, destacan estructuras de barro con diferentes formas y escalas incluyendo recintos circulares, rectangulares y cuadrangulares con funciones múltiples. Esta concentración de monumentos y paisajes materiales se extiende desde inicios del período Formativo hasta la llegada de los incas y momentos coloniales, generando un entramado histórico complejo. Proponemos, por lo tanto, pensar este palimpsesto productivo y ceremonial desde las formas andinas de memoria.

Palabras clave: Tarapacá, monumentos, palimpsesto arqueológico, historias andinas, memorias sociales.

Abstract

This paper presents the Iluga Túmulos site in the Tarapacá region, northern Chile. The site is located in Pampa Iluga, south to Cerro Unitas and west to the Tarapacá ravine, where we can observe the geoglyph Giant of Tarapacá. The site covers thousands of hectares with field crops and irrigation systems (chacras) associated with a notorious complex of tumuli, public and domestic architecture. In between the field crops, 122 tumuli are reported, forming specific types of groups. We also observed activity areas with and without architecture. Mud architecture structures stand out among the constructions, showing different shapes such as circular, rectangular and square ones that probably had multiple public functions. This particular palimpsest distribution of monuments and portable and non-portable evidence extends from the Formative Period's beginnings until the Incas arrival and Colonial times. We proposed interpretations of this productive and ceremonial complex from an Andean memory and social perspectives.

Key words: Tarapacá, monuments, archeological palimpsest, Andean stories, social memories.

1. INTRODUCCIÓN

Sobre la arqueología de Tarapacá, nos interesa destacar la contribución y dominio alcanzados por distintos investigadores y equipos de trabajo, quienes han abarcado una amplia extensión espacial y temporal desde momentos agroalfareros iniciales (Muñoz, Agüero y Valenzuela 2016). Se ha logrado un conocimiento y explicación notables de la prehistoria local, aunque es evidente que las interpretaciones no consiguen superar las dimensiones materialista y económica, tan propias de las ontologías occidentales y modernas. Inclusive, en nuestro caso, que realizamos una prospección intensiva de la Pampa del Tamarugal (Alvarado et al. 2018; Sanhueza y Uribe¹; Uribe, Urbina y Vidal 2020), intentando abarcar la máxima diversidad de registros arqueológicos para generar planteamientos holísticos, heterogéneos y más humanos, capaces de dar cabida a nuestros propios relatos del pasado y hacer posibles otras prehistorias, ha resultado complejo. No obstante, dicha investigación proporcionó un sitio agrícola,

¹ Sanhueza, L. y Uribe, M. (2020). Sedentary way of life, crops and mobility: variability in the Formative Process in the Western Andes. Próximamente en *Oxford Handbook of South American Archaeology*.



doméstico y ceremonial excepcional, cuyas características particulares brindan nuevas posibilidades para abordar arqueológicamente el pasado y sus relatos; dando cabida a las memorias materializadas y monumentalizadas por múltiples poblaciones que convergieron en un lugar acotado y de rango temporal amplio. Por ello, el propósito de este artículo es inaugurar el estudio del sitio Iluga Túmulos, en toda su dimensión espacial, material y cronológica y tensionar esas interpretaciones y nuestras ontologías a partir de nueva evidencia empírica (Figura 1).

2. ANTECEDENTES ARQUEOLÓGICOS DE TARAPACÁ

En la región de Tarapacá, ubicada en la porción meridional de los Valles Occidentales de los Andes Centro Sur, el período Formativo (900 a.C.–900 d.C.) expone un lapso extenso de transformaciones económicas y sociales, donde surgieron la producción de alimentos y la agricultura, la especialización laboral, la consolidación de una vida aldeana, y el desarrollo de tecnologías novedosas como cerámica, textilera y metalurgia, entre otras (Muñoz, Agüero y Valenzuela 2016). Estas innovaciones se incorporan a las prácticas derivadas del período Arcaico, asociadas a la pesca y recolección marina en la costa, así como a la recolección de vegetales en la Pampa del Tamarugal (Santoro et al. 2017). A lo largo de la historia de la investigación, estos cambios han sido explicados bajo los ideales de progreso y civilización como transformaciones radicales e inmediatas, siguiendo el paradigma Neolítico de Childe (Núñez y Santoro 2011).

Sin embargo, nuestras investigaciones realizadas durante los últimos años en Tarapacá, proporcionan resultados que interpelan fuertemente los paradigmas del Neolítico y la idealización de la complementariedad andina (Uribe y Adán 2012; Uribe et al. 2020). El conjunto de evidencias obtenidas de extensas prospecciones sistemáticas y excavaciones en medio centenar de sitios arqueológicos, nos permite proponer procesos graduales, heterogéneos y nunca absolutos de transformaciones, expresión de la particular conciencia de estas comunidades sobre naturaleza y cultura (Alvarado et al. 2018; Uribe, Urbina y Vidal 2020). Por lo tanto, entendemos que los grupos locales fueron agentes responsables de las transformaciones ocurridas en su relación con los paisajes y recursos de la costa, la pampa y las quebradas tarapaqueñas donde habitaban, sin negar la conexión con otras poblaciones y territorios. Más que la adopción de la vida aldeana, el surgimiento de conjuntos arquitectónicos en la Pampa del Tamarugal, tan connotados por investigaciones previas (Meighan y True 1980; Núñez 1979; Rivera 2005), serían la expresión material y monumental de una complejidad formativa sustentada por comunidades dispersas e interdigitadas entre el litoral y el interior de la región (Sanhueza y Uribe²; Uribe, Urbina y Vidal 2020).

El sitio Ramaditas presenta las fechas más antiguas (390 a.C.-80 d.C.), y el sitio Pircas exhibe un uso residencial entre 370 a.C. y 530 d.C. Con esta consolidación de la vida comunitaria, surge el poblado de Guatacondo hacia 200 a.C. y luego Caserones en 20-240 d.C. Este último constituye un núcleo aldeano que se extiende en el tiempo y ejerció una gran influencia en la región, produciéndose su intensificación hacia 420 d.C. y un lento proceso de desocupación entre 890 y 1020 d.C. Por otra parte, en la costa aparecen evidencias arquitectónicas equivalentes hacia 390 d.C., en consonancia con lo que ocurre en la precordillera andina (ca. 380 d.C). Todos estos asentamientos habrían sido usados en diferentes momentos o estaciones y luego abandonados, sin responder a una ocupación permanente ni a una

² Sanhueza, L. y Uribe, M. (2020). Sedentary way of life, crops and mobility: variability in the Formative Process in the Western Andes. Próximamente en *Oxford Handbook of South American Archaeology*.



evolución funcional ni lineal (Adán et al. 2013; Pellegrino, Adán y Urbina 2016; Urbina, Adán y Pellegrino 2012; Uribe, Urbina y Vidal 2020).

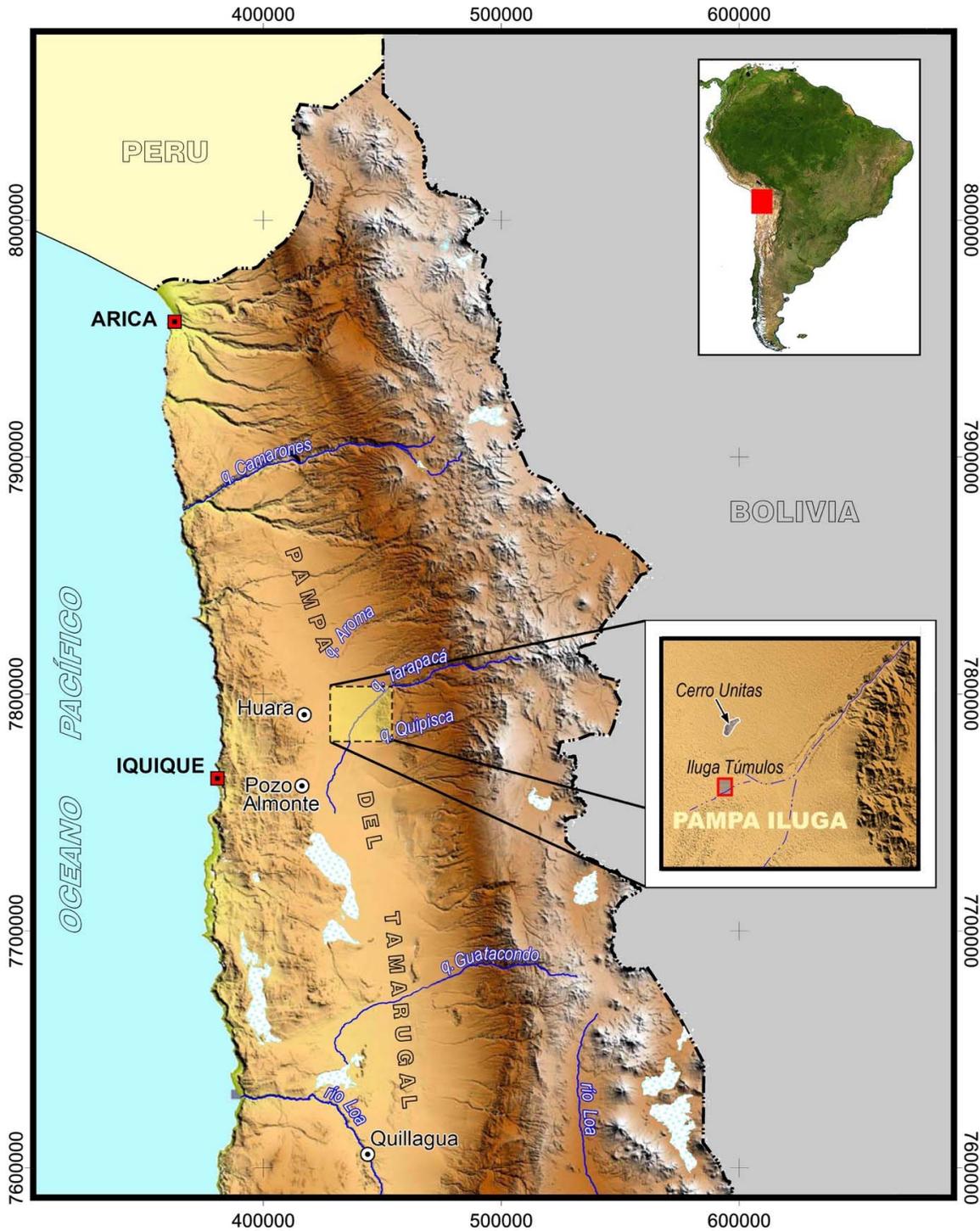


Figura 1. Tarapacá y sitio Iluga Tumbos.
Figure 1. Tarapacá and Iluga Tumbos site.



Aparejado a lo anterior, si bien en la Pampa del Tamarugal se observa un desarrollo agrícola incipiente que se consolida con posterioridad (Rivera 2018; Segura 2017; Segura et al.³; Vidal, García y Méndez-Quirós 2012, Vidal-Elgueta et al. 2016), este tiene un rol complementario que se forja dentro de un régimen recolector de bosques de algarrobo y recursos costeros (García et al. 2014; Mandakovic 2016). Efectivamente, los análisis de dieta a través de isótopos estables sugieren un consumo más bien moderado de recursos como el maíz, a diferencia de plantas silvestres y productos marinos. Esta situación contrasta con la observada para el periodo siguiente (Intermedio Tardío), cuando el consumo de maíz aumenta significativamente (García y Uribe 2012; Santana-Sagredo, Hubbe y Uribe 2016). Así, este desarrollo formativo se extiende hasta 900 d.C. para luego consolidarse en el Intermedio Tardío, sin mayores evidencias del período Medio, a diferencia de Arica y San Pedro de Atacama (Agüero y Uribe 2018; Muñoz, Agüero y Valenzuela 2016). Al contrario, durante el período Tardío (1400-1536 d.C.), la influencia del Tawantinsuyo es vista en múltiples sitios desde la costa al interior (Uribe y Sánchez 2016), demostrando que la presencia externa fue considerable y que la Pampa del Tamarugal participó de su proyecto estatal (Urbina et al. 2019).

Esta gran concentración de registros arquitectónicos, agrícolas y materialidades, deben entenderse bajo ciertas condiciones ambientales más favorables que las actuales en términos de la disponibilidad de agua en los Andes del Desierto de Atacama. La información arqueológica y paleoambiental en la Pampa del Tamarugal demuestran un aumento tanto de las tasas de precipitación en las tierras altas, como de la descarga mayor de los ríos entre 2400 y 720 a.P., coincidente con el período Formativo (Maldonado y Uribe 2015; Sáez et al. 2016; Santoro et al. 2017). Esas condiciones hidroclimáticas junto con las propiedades de sus suelos, la maximización del potencial ecológico de este espacio y el conocimiento de sus limitaciones, permitieron un importante e inédito desarrollo agrícola temprano en la región en los términos de Murra (1975; Rivera 2005). Este conocimiento orientó manejos diferenciados y complementarios entre las partes altas como bajas de los valles y la pampa, cada uno con sus particularidades ambientales y ciclos de producción. El trabajo de los agricultores incluyó modificaciones de las condiciones hidrológicas y edáficas, así como procesos de experimentación y adaptación de diversos cultivos provenientes de otras zonas, forjando una agricultura semitropical extensiva y diversificada (p.ej., ají, amaranto, calabaza, frijoles, maíz, quínoa, etc.), caracterizando a la región durante el Formativo (García et al. 2014). Los sitios Pircas y Caserones en la quebrada de Tarapacá, así como Ramaditas y Guatacondo, exhibieron los primeros sistemas agrícolas extensivos en la Pampa del Tamarugal hace 2400 a.P. (Rivera 2018; Segura 2017; Segura et al.⁴).

En la quebrada de Huatacondo, las inundaciones estivales y el incremento temporal del flujo base permitieron alimentar los sistemas de riego para producir cultivos estacionales, aunque bajo un régimen inestable y dependiente de las crecidas del río. Por su parte, la quebrada de Tarapacá tuvo un flujo más permanente y mayor que el actual (ca. 150 l/s), siendo favorecido por la presencia de vertientes (p.ej., Huarasiña). Junto con permitir cultivar al interior del valle, el flujo fue transportado mediante una canalización matriz hacia el abanico aluvial de Pampa Iluga (Barnard y Dooley 2017; Vidal, García y Méndez-Quirós 2012). Este sistema permitió a los agricultores moverse de una parcela a otra siguiendo el agua. En ambos casos, las estrategias hidráulicas permitieron enfrentar las condiciones áridas en tiempos prehispánicos. Inclusive, durante el periodo Colonial (1540-1810 d.C.), debido a la observación y

³ Segura, C., Vidal-Elgueta, A., Maldonado, A. y Uribe, M. (2020). Soil use in pre-Hispanic and historical field crops in the Guatacondo ravine, northern Chile (2400 y BP): a geoarchaeological and paleobotanic approach. Próximamente en la revista *Geoarchaeology*



noticias de restos agrícolas antiguos, hubo interés en proporcionar agua a Pampa Iluga, así como a otros lugares del Tamarugal (como Matilla y Pica), con el fin de cultivar y apoyar a la población que trabajaba en minas de plata, guano y luego de nitrato o salitre (Billinghurst 1893; Hidalgo 1985; Larraín 1974; Santoro et al. 1998). Efectivamente, Pampa Iluga posee suelos ricos en depósitos aluviales, aguas subterráneas y escurrimientos superficiales que hacen que tenga un potencial agrícola enorme en pleno desierto, destacando la calidad de las aguas de la quebrada de Tarapacá en relación con las otras, por lo que fue explorada con fines geomorfológicos, hidráulicos, agrarios, silvícolas, etc. (Billinghurst 1893; Borgel 1975; Couyoumdjian y Larraín 1975; Velozo 1974).

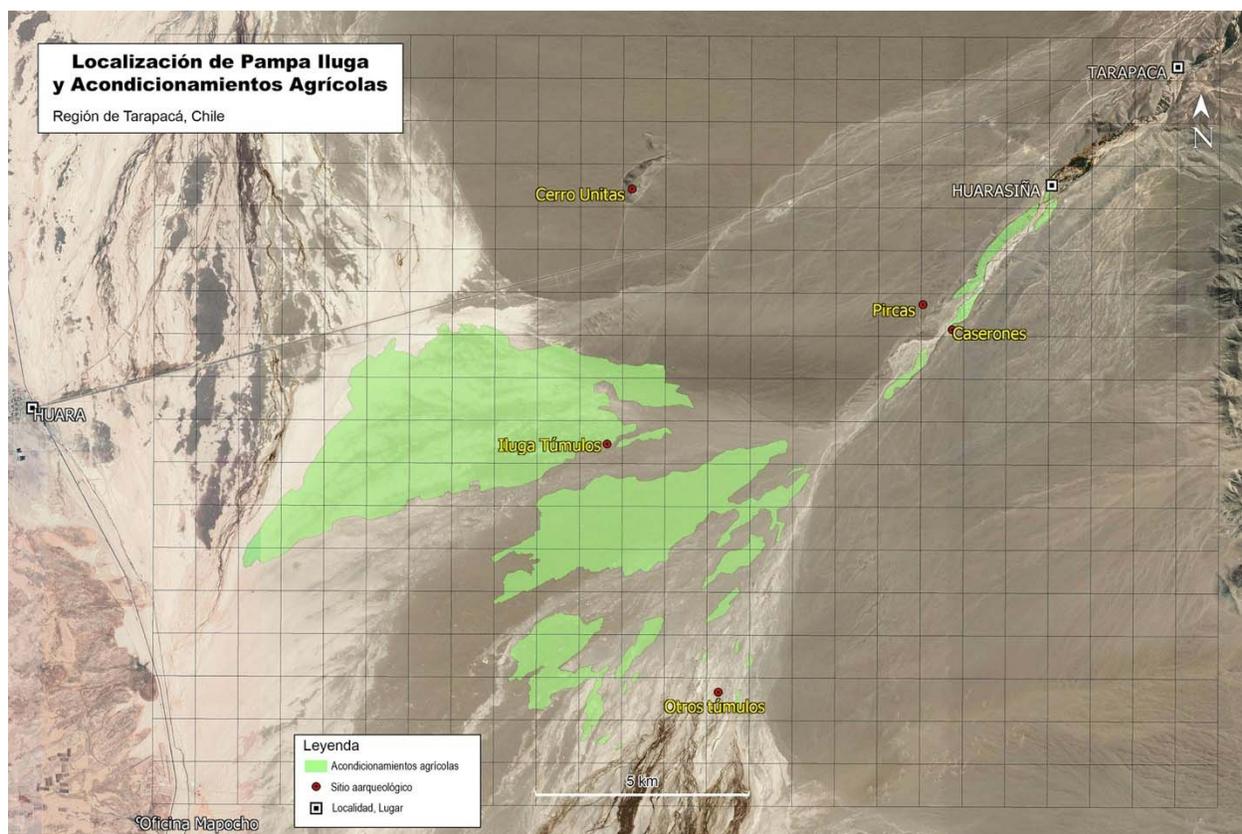


Figura 2. Pampa Iluga y sitios arqueológicos cercanos como Iluga Túmulos, Pircas, Caserones y Cerro Unitas.
Figure 2. Pampa Iluga and nearby archaeological sites like Iluga, Túmulos, Pircas, Caserones and Cerro Unitas.

3. PAMPA ILUGA EN EL CONTEXTO HISTÓRICO DE TARAPACÁ

El sitio Iluga Túmulos se sitúa 13 km al este de la localidad de Huará y 5 km al sur de Cerro Unitas (Figura 2), en la zona Septentrional de la Pampa del Tamarugal, Desierto de Atacama (1100 m.snm). Aquí confluyen las quebradas de Aroma, Tarapacá y Quipisca, generando suelos bien nutridos por la actividad aluvional y fluvial. Este sustrato se aprovechó para construir un gran área agrícola (sobre 4124 ha) que la documentación histórica refiere como “Pampa o Valle de Iluga, Yluga o Isluga” y cuya productividad sorprendió a los ingenieros en el siglo XVIII (Figura 3); por lo que también se llamó “Pampa O’Brien”, en honor a uno de ellos (Couyoumdjian y Larraín 1975; Hidalgo 1985; Santoro et al. 1998).

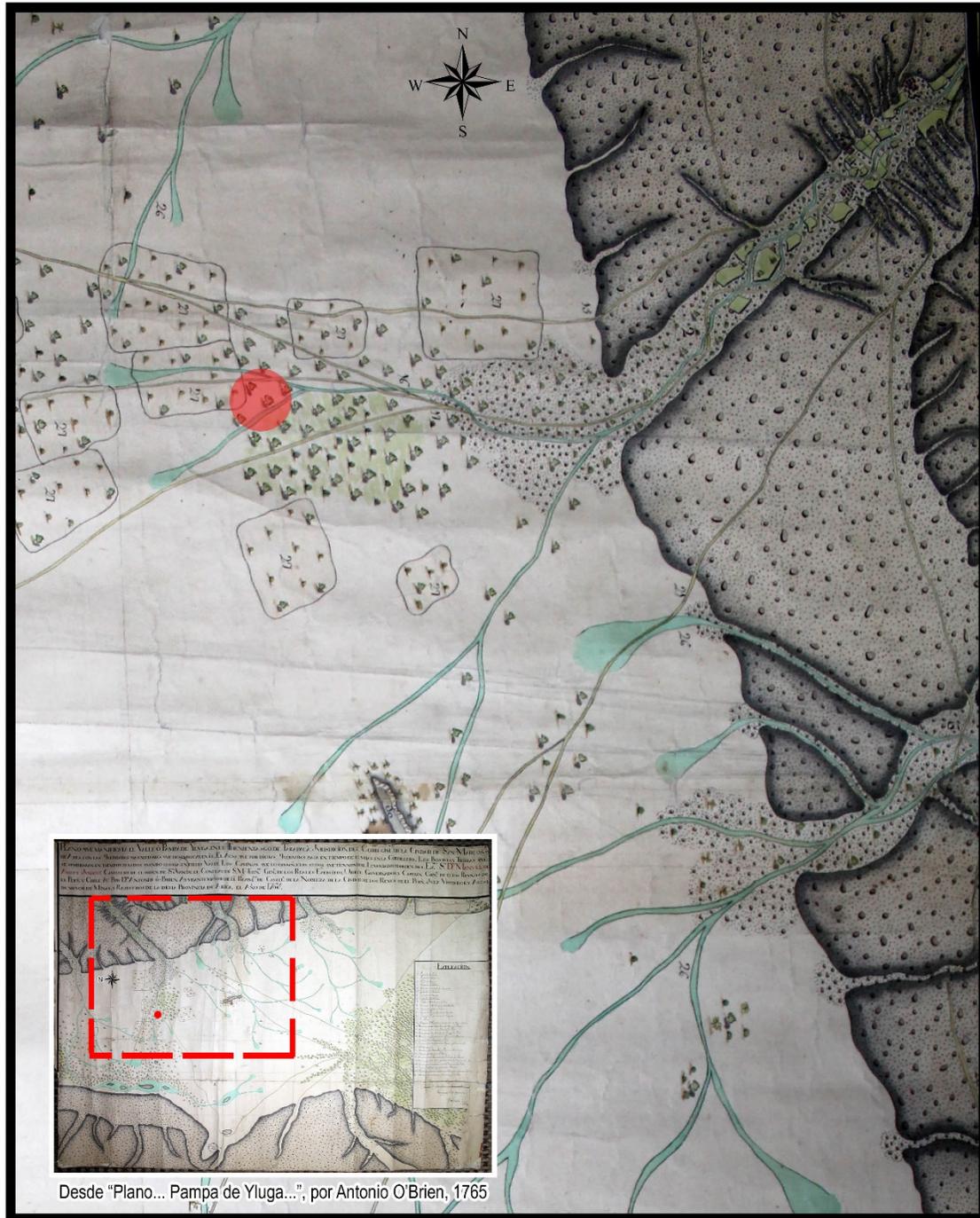


Figura 3. Plano de Yluga por A. O'Brien de 1765, señalando la desembocadura de la quebrada de Tarapacá y la ubicación probable del sitio Iluga Túmulos. Fuente: Biblioteca Nacional Digital de Chile <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/631/w3-article-334184.html>

Figure 3. Map of Yluga by A. O'Brien from 1765, pointing out the river mouth of Tarapacá ravine and the probable location of Iluga Túmulos site. Source: Biblioteca Nacional Digital de Chile <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/631/w3-article-334184.html>



Actualmente se observa un continuo de estructuras agrícolas abandonadas y parcialmente sepultadas por aluviones y actividad eólica, incluyendo campos rectangulares superpuestos, limitados por bordes y regados por inundación, a través de compuertas de piedra o pongos; alimentados por canales de distinta jerarquía, estanques y pozos, asociados a pequeños campamentos prehispánicos, históricos y subactuales (Núñez 1984; Rivera 2018; Santoro et al. 1998). Estos autores ubican hipotéticamente la vigencia de los sistemas de irrigación en Pampa Iluga entre los siglos X al XX, incluyendo períodos de ocupación intensiva y también lapsos de desuso según la frecuencia y ritmo intermitente de las avenidas. Esto habría continuado hasta tiempos tan recientes como 1972, por parte de familias andinas residentes en el altiplano tarapaqueño (Núñez 1984; Santoro et al. 1998).



Figura 4. Pampa del Tamarugal y el topónimo Iluga en la cartografía histórica del siglo XIX: A) Bollaert 1851; B) Bresson 1883; C) Paz Soldán 1865; D) Raimondi 1879.

Figure 4. Pampa del Tamarugal and the Iluga toponym in historical mapping during XIX Century: A) Bollaert 1851; B) Bresson 1883; C) Paz Soldán 1865; D) Raimondi 1879.

Durante el siglo XIX, Iluga es frecuentemente representado en la cartografía histórica (Figura 4). En estos mapas se puede observar la centralidad del pueblo de San Lorenzo de Tarapacá, donde confluyen caminos troperos desde todas las direcciones cardinales. Uno de ellos desciende por la quebrada homónima pasando por Huarasiña, llegando a Iluga, continuando directamente a Huantajaya (Bollaert 1851; Bresson 1883; Raimondi 1879). Esto nos ofrece un panorama de los flujos históricos asociados a Iluga. Por una parte, la articulación con los pueblos indígenas de la región es evidente por medio de distintos ramales, uno de los cuales llega a Chiapa en la precordillera y continúa rumbo noreste al altiplano de Isluga. Y



también un flujo opuesto, relacionado con la explotación de la mina de plata de Huantajaya o del Sol que data de épocas incaicas (Santoro et al. 1998), pero que a fines del siglo XVIII estaba a cargo de familias hispanas asentadas en San Lorenzo (Bermúdez 1963). Para ellos, sin duda, Iluga fue un lugar de paso obligado y pudo tener un rol fundamental en el sustento de la faena minera. A comienzos del siglo XX, en los mapas Pampa Iluga aparece conectado con Tarapacá y Huara (Espinoza 1903; Risopatrón 1924), siendo descrito como un “sembrío pequeño, regado cuando hai abundancia de agua (...) pertenece a individuos de la antigua población indíjena” (Risopatrón 1924).

De este modo, pareciera que Pampa Iluga ha sido un espacio central en la/s historia/s y memoria/s de las poblaciones de Tarapacá, cuyos campos de cultivo aledaños siguieron siendo usados parcialmente hasta épocas recientes por la población local (ca. 1970). Su profundidad histórica está especialmente refrendada en el sitio Iluga Túmulos que describimos a continuación, emplazado en medio de este enorme complejo agrícola, compuesto por una gran concentración de montículos, junto con una diversidad de edificaciones y rasgos culturales, entre los cuales destacan restos de cerámica y textiles de distintas épocas y tradiciones culturales (Uribe, Sanhueza y Bahamondes 2007; Uribe y Vidal 2012), con un gran potencial de ocupación confirmado por sondeos preliminares que alcanzan hasta los 130 cm de profundidad. Su relevancia, además, está determinada por su proximidad con poblados prehispánicos como Pircas, Caserones, Huarasiña y Tarapacá Viejo hacia el Este y los geoglifos de Cerro Unitas al Norte; en el marco de una topografía marcada por hitos de la cordillera de la Costa, la pampa y los Andes (p.ej., Huantajaya y Tata Jachura). A pesar de ello, en la literatura no hay un tratamiento acabado de este espacio ni alusión a este complejo, por lo cual nos interesa instalarlo en el debate científico. Efectivamente, más allá de las descripciones puntuales sobre los campos agrícolas y algunas de sus características materiales (Larraín 1974; Santoro et al. 1998), no existe conocimiento mayor sobre Iluga Túmulos.

A modo de hipótesis, para nosotros, Iluga Túmulos constituye un palimpsesto de memorias múltiples desde el Formativo hasta tiempos incaicos, coloniales y recientes. El que, antes de ahora, se relacionó con la idea de un espacio persistente, congregacional y de tránsito, de carácter laboral y ceremonial que invocaba la fertilidad agrícola y los ancestros; bajo una concepción del tiempo andina estrechamente ligada al ciclo de las aguas, materializada en los espacios productivos que monumentalizan actividades tanto cotidianas como públicas, intensas y reiterativas, inciertas en un paisaje culturizado.

4. SOBRE MONUMENTOS Y MEMORIAS

Los monumentos construyen culturalmente el paisaje y requieren una importante inversión de esfuerzo y trabajo colectivo en función de la memoria social (p.ej., Earle 1991; Renfrew y Bahn 1998). Al marcar permanentemente el paisaje se socializa el espacio con sus respectivas funciones comunitarias y narrativas históricas, evocando, generando y/o transmitiendo imágenes e información que tienen sentido en esta memoria social (Ashmore 2002; Binford 1971; Bradley 1998; Ingold 1993; McAnany 1995; Thomas 2001). Esta noción, distinta y complementaria a la memoria individual, se vincula con la construcción colectiva del pasado, que no es monolítica ni estática pues involucra recordar y olvidar (Van Dyke y Alcock 2003). Este proceso es continuo y se realiza según las necesidades del presente. Su construcción involucra conexiones directas entre los orígenes, ancestros, vínculos mitológicos, resignificación y/u obliteración del paisaje, hitos y monumentos.



Por lo mismo, a menudo, la memoria social es utilizada para legitimar la autoridad, el poder, la violencia y/o el trauma (Van Dyke y Alcock 2003). Entonces, también puede conceptualizarse según una retórica política particular, pues ambas nociones se sustentan en prácticas y símbolos compartidos durante la experiencia diaria, validadas colectivamente mediante la narrativa oral y la ritualidad. En este sentido, la memoria social está siempre actualizando los significados colectivos cuya fuente reside en el pasado; e invariablemente éste es algo del presente, donde las formas alternativas están en constante conflicto con las narrativas y performatividades hegemónicas (Canessa 2014). Por consiguiente, las formas escritas y no escritas de memoria social (materiales, oralidad, mito o ritual) son parecidas; todas las historias están modeladas por los intereses políticos y personales concretos de sus autores. La particularidad estaría en el modo cómo se favorecen autorías individuales o colectivas, así como en las posiciones que ocupan dentro de contextos sociales mayores; pues el trayecto no es el mismo según el punto de vista o la perspectiva que se encarna performativamente (De Landa 2006; Latour 2008; Viveiros de Castro 2010).

Desde este modo, los lugares adquieren importancia o no en tanto son construidos, ocupados, mantenidos, modificados, abandonados y reconocidos a lo largo de su propia historia de vida (Ashmore 2002; Augé 2000). Desde la “larga duración”, los “lugares persistentes” que son visitados, usados y transformados durante largo tiempo, son reconocidos en el paisaje y sus hitos materializan tanto decisiones como disposiciones en el espacio social, aunque su significado varíe o se contradiga en el tiempo (Ashmore 2002). El tema se ha vuelto especialmente interesante pues apela a la capacidad de los/as arqueólogo/as para considerar y recobrar, aunque sea parcialmente, las memorias de la gente del pasado a través de sus monumentos (Van Dyke y Alcock 2003; Meskell 2001). Proponemos, entonces, que el análisis del tamaño, forma y comportamiento espacial de los monumentos de Iluga Túmulos -así como de las materialidades que en ellos se encuentran- en relación al paisaje y otros lugares temporal y culturalmente relacionados, pueden reiterar no sólo el tipo de actividades colectivas (económicas) realizadas, sino también la envergadura social (significativa) de las labores invertidas (Renfrew y Bahn 1998).

Como en Iluga Túmulos, el palimpsesto de monumentos funerarios, campos de cultivo, arquitectura y otros dispositivos simbólicos resultan mecanismos particularmente útiles en contextos de competencia por el territorio y acceso a los recursos, pues materializan o naturalizan las relaciones sociales contraídas por vínculos civiles, matrimoniales, intercambio, etc. (Earle 1991), una y otra vez. Los lugares o centros ceremoniales sirven para realizar reuniones periódicas, pudiendo acceder y modificar a través de su evidencia material su alcance temporal y espacial, junto con las actividades realizadas, su periodicidad, intensidad, etc., pero también habla de sí mismos (Parker Pearson et al. 2004, 2006). A diferencia de otras posturas (Bender 1998), este comportamiento de la materialidad juega un rol activo en la construcción colectiva de la memoria pues funda las reglas de la socialización en el pasado, constituyendo historias performativas (Gosden 1994; Thomas 2001). Por ejemplo, más allá de asentamientos, monumentalidades como las de Stonehenge o Teotihuacan constituyen formas de congregación y memoria social, abarcando desde lo familiar a lo comunal y lo estatal, e incluso el cosmos entero (Parker Pearson et al. 2004). De esta forma, el paisaje ceremonial y monumental, más que por gloria y engrandecimiento, se visualiza como una dimensión activa y controvertida de la vida cultural, donde cada intervención inscribe un significado simbólico y político particular. En efecto, se conjuga la experiencia individual/colectiva, humana/no-humana y del mundo extra/local por medio de ceremonias, intercambios e información, desplegando redes de alianzas y rivalidades complejas que dejan su huella en lo material y natural (Pauketat 2001).



Justamente, en el mundo andino, la geografía terrestre está siempre vinculada con la celeste, plasmada en su lenguaje, topografías, ritualidades y en la producción de materiales emblemáticos como los tejidos (Cereceda 1978; Martínez 1976, Martínez 1981; Urton 1988). O los viajes que a la vez son un movimiento económico y cósmico, implican un evento social y una oportunidad política, facilitada mediante intervenciones materiales como geoglifos, monolitos y ofrendas rituales que significan continuamente el paisaje (Gallardo, Cabello y Pimentel 2018; García 2018). De este modo, las formas no escritas de memoria social constituyen la alternativa andina de práctica histórica, denotando que el recuerdo y la conmemoración del pasado siempre se producen en contextos contingentes donde está en juego el poder (Abercrombie 2006). En concreto, la historicidad andina se basa eminentemente en memorias performativas que se inscriben e incorporan tanto el paisaje como ciertos objetos e inmuebles a partir de eventos conmemorativos, políticamente cargados (Connerton 1989; Martínez 1989).

Paradigmáticamente, las memorias andinas implican técnicas polisémicas que refrendan una multiplicidad narrativa y una mutabilidad de los textos (Arguedas 1976; Arnold, Jiménez y Yapita 1998; Bouysse-Cassagne et al. 1987; Molinié 1997). Más aún, la diversidad y versatilidad de estas memorias están indisolublemente relacionadas con un territorio dado. Por consiguiente, también encarnan topografías y mapas sociales que proyectan en el paisaje el modo relacional de la gente que lo habita/ba. En la actualidad, el vocablo aymara “thaki” se utiliza para referirse tanto a los caminos como al trayecto que una persona recorre en el sistema de cargos y ciclos vitales (Abercrombie 2006); así como a las rutas cartografiadas y los senderos de mitos durante las celebraciones libatorias. Es decir, todo aquello que adopta la forma mental de una jornada a través de cierta geografía. Así, los “amtañ thaki” o los caminos de la memoria van entrelazando los trayectos de las personas con el sentido histórico del colectivo y comunidad de origen. En este contexto, el monumento no deviene sólo en hito estatuario, sino en concreción arbitraria/consensuada/encarnada de los trayectos históricos variados de personas, comunidades y humanidades.

El enfoque occidental resulta hegemónico y procede de una historia progresiva y lineal en que los acontecimientos se suceden y donde el pasado aparece como algo distante que tiende a ser des/naturalizado. En cambio, para las gentes andinas la sucesión de la historia no se cuenta como una serie de acontecimientos concatenados, sino como mundos o “pachas” diferentes que sustituyen a otros anteriores, subyacen o se superponen, expresando múltiples tiempos/espacios a la vez (Bouysse-Cassagne et al. 1987). De acuerdo con la heterogeneidad histórica de estas memorias andinas, la voz “waka” que en tiempos incaicos remitía a lo sagrado, contenía una variedad de significados que aludían indistintamente a ídolos, lugares u objetos sacros. Es que en este ámbito la noción de dios no se aprehendía en sentido abstracto, sino que lo sagrado envolvía el mundo comunicándole una dimensión y profundidad tanto particular como técnica cotidiana (Lechtman y Soldi 1981; Platt 1997). De igual modo, tampoco se comprendía una creación única de la humanidad, sino que también había heterogeneidad en los mitos de origen de los diversos pueblos que contaban proceder de variadas “pacarisca o pacarinas” inscritas en determinados lugares del paisaje como fuentes, cerros, lagunas o cuevas (Ávila 1966; Duviols 1973; Bouysse-Cassagne et al. 1987).

Sabemos que los cambios a largo plazo de las memorias andinas han ocurrido bajo circunstancias de subordinación a los regímenes estatales colonial y republicano de dominio criollo. Pero lo interesante es explorar a través del tiempo la manera en que los/as andinos/as han combinado, resistido y yuxtapuesto a través de complejas interacciones entre las prácticas públicas, cotidianas y clandestinas, las invocaciones



a los seres ancestrales de la geografía sagrada con las intervenciones realizadas en ese mismo paisaje (Castro 2009; Núñez y Castro 2011; Saignes 1993; Urrutia 2011). Osea, donde en la actualidad habitan y son objeto de comunicación recíproca los santos, las cruces, los calvarios y las iglesias cristianas, se siguen construyendo otras formas del culto e historia que invocan a animales, cerros, manantiales y sitios arqueológicos de “chullpas”, gentiles, incas, abuelos, etc. (Arnold, Jiménez y Yapita 1998; Cabello et al. 2020; Molinié 1997; Urrutia 2019).

5. CARACTERIZANDO ILUGA TÚMULOS

El sitio Iluga Túmulos (72 ha) se encuentra compuesto por un más de un centenar de montículos artificiales concentrados al norte de un brazo seco de la quebrada de Tarapacá. Al sur de esta quebrada, hay una concentración de árboles sepultados por la arena donde se registran actividades de aprovisionamiento maderero (troncos, virutas, restos líticos, etc.). También hay una alta concentración de estructuras sin arquitectura (depresiones), algunas residenciales y otras que podrían ser pozos de agua. Hacia el sur, cerca de la quebrada de Quipisca, se extienden más campos y reaparecen túmulos y recintos. Complementariamente, los túmulos se distribuyen entre y sobre los acondicionamientos agrícolas, mostrando un alineamiento con Cerro Unitas hacia el norte y el lecho seco de la quebrada por el sur, permitiendo una visualidad amplia de las cordilleras de la Costa, los Andes y la Pampa del Tamarugal.

Todo esto da cuenta de un antiguo asentamiento complejo con rasgos materiales definidos y espacialidades diversas que interactúan dentro de ese paisaje pampino (Uribe, Urbina y Vidal 2020a). Esta complejidad obligó la realización de un registro sistemático extendiendo una grilla virtual y rectangular de cuadrantes kilométricos (subdivididos en sectores de 1 ha) para cubrir un área de estudio de 25 km de ancho (sentido O-E) por 18 km de largo (sentido N-S). Esta grilla (Figura 2) abarca aproximadamente desde la oficina salitrera Mapocho por el suroeste hasta Tarapacá Viejo por el noreste, llegando a 3 km al norte de Cerro Unitas. Ella posee orientación UTM (con límites de cuadrantes correspondientes a coordenadas enteras), posicionada de modo que los sectores de túmulos quedaran integrados en dos cuadrantes que fueron modelados digitalmente (K-8 y K-9).



Figura 5. Iluga Túmulos, vista de la pampa, túmulo y monolitos.
Figure 5. Iluga Túmulos, view of the Pampa, tumuli and monoliths.

5.1. Acerca de los túmulos

Los túmulos son acumulaciones intencionales de sedimentos, vegetales y restos tanto eco como artefactuales que adquieren forma de montículos, varios evidenciando la existencia de inhumaciones en su interior (Figura 5). Su delimitación a partir de criterios geomorfométricos ha permitido calcular sus características morfológicas en planta y generar estadísticas descriptivas para unos 122 montículos (Figura 6). Los más altos superan los 2 m, pero la mitad de ellos presentan una altura igual o inferior a 0,5 m. La superficie promedio es de 200 m², aunque existe una gran variabilidad, considerando que el 10% tiene un área inferior a 15 m². Su volumen es también variable, aunque el mayor alcanza los 1100 m³ de superficie construida. La forma varía desde lineal a circular (la circularidad fue determinada mediante el índice de Miller, según el cual mientras más cercano a 1, la forma se acerca más a un círculo).

La prueba del vecino más cercano indica que los túmulos se distribuyen de forma agrupada y los análisis de densidad de núcleo muestran patrones de agrupamiento específicos (Conolly y Lake 2006). Se distingue un grupo central compuesto por 108 túmulos, otro al norte con 11 túmulos y cuatro túmulos aislados. El grupo principal pareciera estar dividido en cinco subgrupos jerarquizados. Considerando también la manera como se distribuyen, se observan dos agrupaciones con forma de anfiteatro, ambas abiertas hacia el Sur; el grupo norte se compone por siete túmulos dispuestos semicircularmente, construidos sobre estructuras agrícolas previas; y el grupo central cuenta con 20 túmulos de mayor tamaño y circularidad, cerca del lecho seco, orientado hacia el Este. Es importante señalar que este grupo no fue construido sobre estructuras agrícolas previas, sino sobre otros túmulos de tamaño menor y estructuras de barro de



formas ortogonales, las cuales están ausentes en el grupo norte. Ambas agrupaciones de túmulos delimitan un espacio interior que en el caso del grupo central manifiesta haber sido intensamente ocupado y por un lapso mayor.

5.2. De las chacras y los canales

El modelo digital de superficie que hemos implementado permite una excelente visualización de las estructuras agrícolas (Figura 3). Además, la tridimensionalidad del registro topográfico permite medir sistemáticamente los rasgos y acondicionamientos en los lugares que se encuentran bien conservados. En términos generales, los rasgos agrícolas cubren prácticamente toda el área, siendo su indicador más diagnóstico la superficie cuadrículada característica de los “canchones”, cuyos bordes presentan elevaciones leves en relación al interior. Este modelamiento también permite observar el surco central de los canales, diferenciándolos de los muros divisorios de las parcelas o “chacras”.

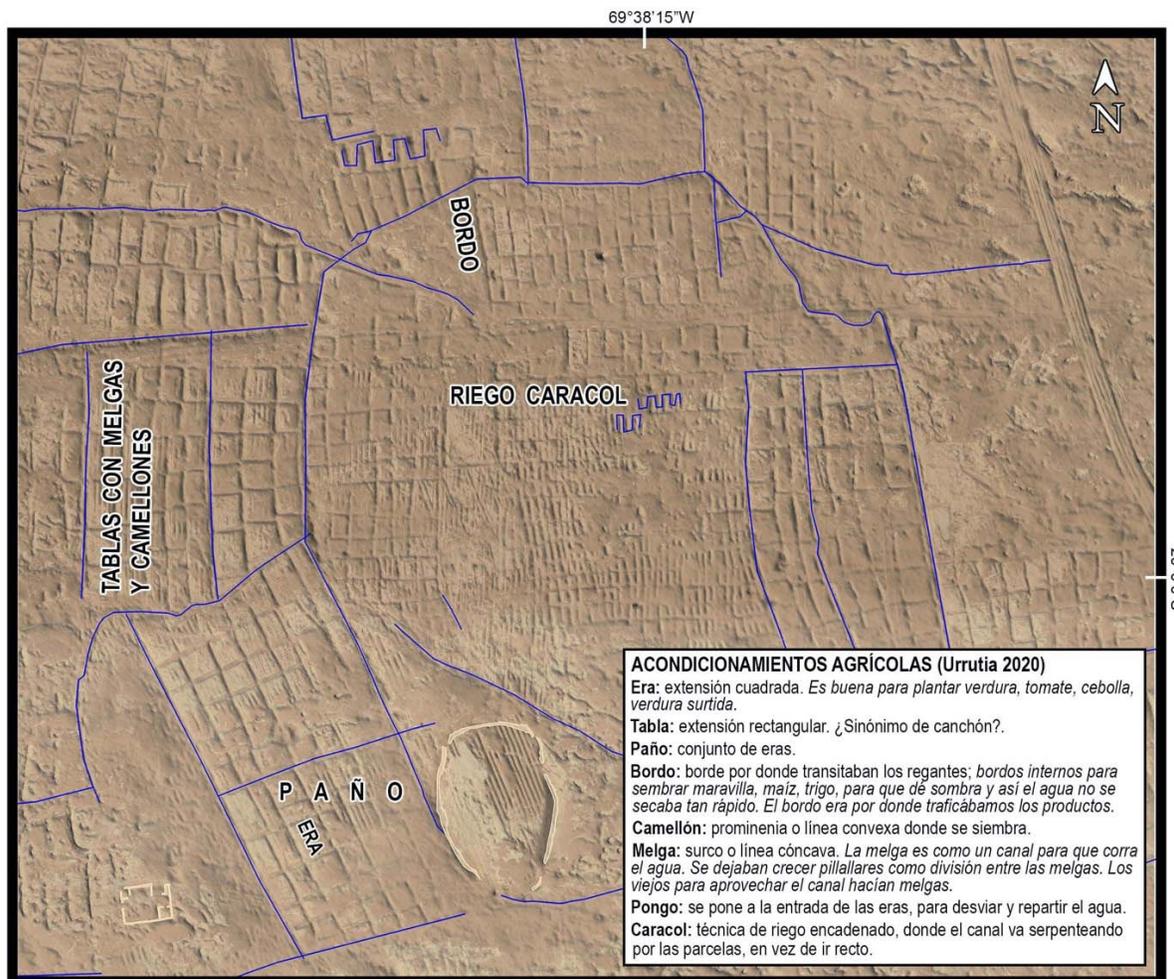


Figura 7. Campos de cultivo y acondicionamientos agrícolas.

Figure 7. Field crops and agricultural structures.

El modelo digital evidencia el efecto palimpsesto del espacio construido, producto de sucesivas ocupaciones agrícolas y prácticas sociales como ceremoniales durante siglos. Un primer análisis planimétrico sugiere la preexistencia de acondicionamientos agrícolas (o de una parte de ellos), respecto a la construcción de los túmulos. Un tercio fue levantado sobre estructuras agrícolas preexistentes. Esto se ve claramente en el grupo norte, donde se distingue una superposición triple, pues los túmulos se levantaron encima de parcelas que también se construyeron sobre otros campos previos. A ello se suma la intervención de túmulos para habilitar nuevas estructuras agrícolas, lo que también requiere explicaciones diversas. De interés para el análisis diacrónico, es la alteración observada en las parcelas agrícolas del borde norte del lecho seco provocada por el crecimiento del río, lo que podría aportar al estudio paleoclimático de dicho escurrimiento y determinar sus últimos períodos de activación.

A partir del análisis morfológico inicial de los espacios agrícolas (Rivera 2018; Vidal, García y Méndez-Quirós 2012), del modelo digital y la tradición oral registrada en la zona, planteamos una tipología



preliminar de acondicionamientos que comprende superficies de cultivo de forma rectangular (“canchones” o “tablas”) y cuadrangular (“eras”); las cuales conforman conjuntos denominados “paños”, irrigados por un mismo canal principal. Los “paños” poseen distintos tamaños y formas, algunos bien conservados y otros erosionados, pudiendo denotar antigüedad mayor; mientras que en ciertos puntos se observan superposiciones de diferentes épocas y tecnologías. Asimismo, es notoria la coexistencia y superposición de distintos tipos de canales y técnicas de riego, Por una parte, se aprovechan cárcavas o pequeñas afluencias de agua naturales que descienden por la pampa y que son consolidadas como canales; también hay canales artificiales rectos y otros aparentemente subterráneos construidos a partir de hileras de pozos. A partir de éstos se desprenden los canales alimentadores de los paños por medio de un sistema de compuertas que permiten repartir el agua; ya sea por inundación, usando sistemas de melgas y camellones, o también riego serpenteante o caracol. Al interior de algunos paños se observan recintos de barro de función aún desconocida y amontonamientos de piedras interpretados como despedres.

Los acondicionamientos agrícolas se relacionan con distintas parcelas y técnicas de riego que podrían vincularse con diferentes tipos de cultivo. Por ejemplo, tal como señalan los agricultores locales, se sembraba maíz y trigo en eras; zapallo en bordos y camellones; habas, tomate y ají en melgas, e incluso frutales en canchones. Por lo mismo, comprender la estructura de la red hidráulica requiere extender su cartografía aguas arriba, hacia el Este, donde se localizan las bocatomas (Barnard y Dooley 2017). En efecto, los agricultores de Huarasiña, el poblado más cercano a Iluga Túmulos situado en la parte baja de la quebrada de Tarapacá, mencionan una bocatoma abajo del sitio Caserones, la que se reparaba comunitariamente cada año por “gentes de arriba” (parte alta de Tarapacá, poblados de Chiapa y Sotoca), quienes todavía sembraban hacia 1970.

Complementariamente, se superponen y cruzan sistemas de riego y parcelas preexistentes, lo cual permite ampliar el análisis diacrónico y ambiental del sitio.

5.3. Arquitectura y ausencia de arquitectura

El modelo digital sugiere una correspondencia hipotética de las formas detectadas con los siguientes tipos de estructuras: a) prominencias correspondientes a túmulos no-detectados en las prospecciones; b) depresiones circulares de diferentes tamaños que podrían ser habitaciones o estructuras agrícolas (p.ej., pozos); c) muros de tierra rectos, quizás posibles ser canales sepultados, y d) muros de tierra que delimitarían antiguos reservorios de agua o espacios públicos.

Por su parte, la prospección registró 81 recintos sin arquitectura y 22 con arquitectura (Figura 8), los que poseen diferentes tamaños. Estos últimos son estructuras de tierra o barro, agrupadas según un criterio de proximidad y/o continuidad de muros. Considerando las formas de las plantas hay un predominio de recintos circulares y subcirculares, seguidos por recintos rectangulares, subrectangulares y cuadrangulares. Menos recurrentes son los recintos de planta irregular, muchos de ellos socavados con gran cantidad de materiales en superficie.

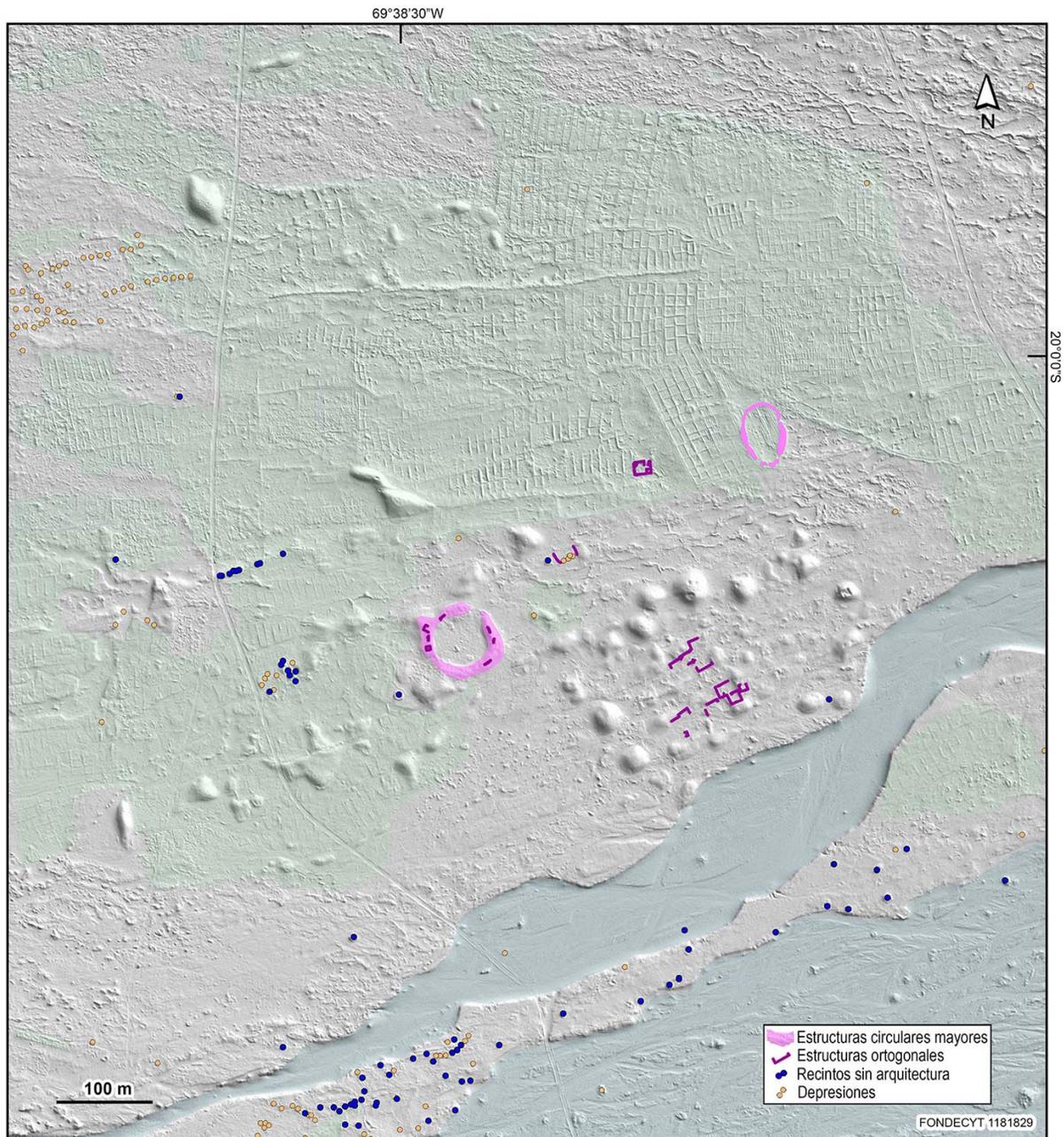


Figura 8. Iluga Túmulo, identificación y distribución de estructuras arquitectónicas.
Figure 8. Iluga Túmulo, identification and distribution of architectural structures.



Desde las técnicas constructivas, podemos diferenciar dos formas de hacer o edificar, correspondientes a: a) la arquitectura en tierra, cuyo proceso constructivo involucra preparar una materia prima, transformándola en adobes, tapial, quincha o sencillamente amasada para formar bolas de barro, y b) corresponde a una construcción expeditiva, pues no implica la transformación de ninguna materia prima, conformando estructuras aparentemente multifuncionales. Generalmente son recintos de hasta 20 m de diámetro, con desechos acumulados alrededor (tipos cerámicos de todos los periodos, distintas etapas de la producción lítica, restos de cultivos y plantas silvestres, metalurgia, textilera, fauna terrestre y marina, entre otros).

Los recintos sin arquitectura presentan una mayor variabilidad y asociaciones materiales que indican una cronología más amplia que abarcaría desde los inicios de la ocupación del sitio, hasta momentos coloniales y posteriores. Su expeditividad complica establecer vínculos con tradiciones arquitectónicas del Desierto de Atacama, aunque morfologías similares están bien documentadas en contextos costeros y viales (Alvarado et al. 2018; Pimentel 2012; Urbina et al. 2011). A diferencia de ellos, los recintos sin arquitectura en este caso presentan alta densidad de materiales, sugiriendo una ocupación intensa. Su inversión arquitectónica, por tanto, no es directamente proporcional a su ocupación, lo que debemos confirmar mediante excavaciones. Es posible suponer una ocupación alrededor de Algarrobos y tamarugos, donde pueden haberse realizado operaciones domésticas y productivas multifuncionales, cuyos desechos se habrían acumulado en forma monticular. Rasgos similares han sido reportados para el oasis de Quillagua desde el Formativo (Agüero et al. 2001; Pestle et al. 2019).

En cuanto a los recintos de barro o tierra, sugerimos una genealogía más cercana a las tradiciones de arquitectura tardía de los Valles Occidentales (Adán et al. 2013; Pellegrino, Adán y Urbina 2016). Paralelamente, se reconocen recintos ortogonales con plantas semidespejadas que sugieren la morfología propia de la presencia incaica, bien representada en sitios cercanos como Tarapacá Viejo (Tr-49), (Núñez 1984; Uribe, Urbina y Zori 2012; Zori 2011). Esta posible genealogía debe verificarse con excavaciones de los muros que hoy son sólo visibles por sus cabezales. En cualquier caso, existe una planificación concertada del trabajo que, sin necesariamente requerir una cantidad considerable de constructores, involucra una logística que precisa de un modo particular de congregación.

Finalmente, destacan las plazas y grandes recintos (corrales o reservorios), probablemente espacios comunitarios disponibles durante toda la ocupación. Se suman otros elementos inmuebles que resaltan en el paisaje, como los monolitos. Dos de ellos, ubicados en distintos lugares del sitio, corresponden a bloques esféricos de materia prima volcánica con surcos grabados; y otros, dispuestos en el sector con grandes túmulos, arquitectura tardía y con clara orientación al Cerro Unitas, son una pareja de bloques verticales de andesita basáltica y un metro de altura aproximadamente (Figura 9).



Figura 9. Iluga Túmulos, monolitos y relación con Cerro Unitas.
Figure 9. Iluga Túmulos, monoliths in relation with Cerro Unitas.

6. PALABRAS FINALES

A lo largo de nuestro recorrido por el pasado de Tarapacá, es evidente que las interpretaciones proporcionadas por la ciencia no logran superar la dimensión materialista y económica tan propia de nuestras ontologías occidentales y modernas, desconociendo e imposibilitando otras narrativas históricas. Por otra parte, si bien la arqueología de los monumentos y la monumentalidad no es un tema reciente ni novedoso en la disciplina, sigue ofreciendo un gran potencial interpretativo para avanzar en esas limitaciones (Hodder 1990). Por lo mismo, nuestro acercamiento a Iluga Túmulos hace eco de perspectivas en antropología y arqueología que ponen el acento en la apertura de conocimientos y experiencias entre investigación y situaciones locales (Uribe, Urrutia y Kalazich 2017; Uribe et al. 2020).

Al respecto, desde las perspectivas de los comuneros andinos, hace tiempo que lo social y lo cultural exceden el ámbito de las colectividades humanas, entendiéndose lo ritual como posibilidad de comunicación entre el entorno y las entidades diversas que lo pueblan. Por lo tanto, el ritual (como los túmulos en medio de “chacras”) emerge como un ensamblado u “orden andino” de las cosas; discursos acerca del pasado y el presente que también constituyen un elemento integrador y de síntesis, capaz de entrelazar los niveles diferentes de la experiencia social y del registro material (Abercrombie 2006; Arnold, Jiménez y Yapita 1998). Lo anterior, desde una “actitud simétrica” (González-Ruibal 2007; Latour 2008), no implica transitar al otro extremo de buscar sólo lo simbólico e ideacional; sino de involucrar, tanto en lo teórico como metodológico y empírico, el máximo entramado/ensamblaje de materialidades, saberes y voces en las prácticas y narrativas arqueológicas. De este modo, intentamos alejarnos de la racionalidad cartesiana que propicia las dicotomías naturaleza-cultura, objetivo-subjetivo, individuo-sociedad, material-simbólico, profano-sagrado, etc. (De Landa 2006; Deleuze y Guattari 1980; Stengers 2014), intentando acercarnos a la/s historicidad/es andina/s.



Consecuentemente, en cada nivel de análisis proponemos una adecuación metodológica centrada en la escala humana de los procesos y sus ciclos naturales (Kopytoff 1988; Leroi-Gourhan 1971; Zuckerman y Armelagos 2011); lo que deviene en la definición amplia y no dicotómica del registro arqueológico, respecto a lo que consideraremos el asentamiento, las personas y sus áreas de ocupación, productivas, funerarias y cosmológicas (Ingold 2000; Parker Pearson et al. 2006; Pauketat 2001; Uribe et al. 2020). El palimpsesto de Iluga Túmulos, entonces, podría reflejar la forma arqueológica de entender que el mundo no es sólo lineal ni cartesiano. Pues, contiene ámbitos múltiples de la vida que solemos entenderlos por separado desde la ontología occidental: cotidiano/ceremonial, vida/muerte, etc. Por lo mismo, es necesario resignificar el concepto de túmulo, siempre asociado a lo funerario, porque desde lo andino no sería posible otorgarle sólo esa categoría; ya que la muerte también es parte de la vida y los ancestros están actuando en todo momento junto a los vivos. Efectivamente, en este caso, el monumento funerario representado por montículos, cuerpos y un conjunto de materialidades dispuestas como ofrendas, darían cuenta de diálogos entre humanos, ancestros y deidades del agua representadas en Tunupa (Rivera 2002; Figura 10). Por lo tanto, más allá de nuestra propia humanidad, esos ancestros momificados o “mallqui”, coinciden con la definición quechua de semillas y obligan a pensar los túmulos de Iluga en función de las chacras que le rodean y su fuerza tanto creadora como criadora (González Holguín 1608; Saintenoy 2011).



Figura 10. Cerro Unitas, geoglifo Gigante de Tarapacá, Tunupa o El Rey.
Figure 10. Cerro Unitas, Giant of Tarapacá, Tunupa or The King.



A nuestro juicio, el ejercicio realizado tensiona la evidencia arqueológica, estableciendo condiciones óptimas para la producción de una descripción densa que atiborre de posibilidades significativas las preguntas comunes y más mecánicas (Geertz 1973; Hamilakis y Anagnostopoulos 2009). En tanto experiencia de inspiración etnológica, este caso pone a prueba la subjetividad de la vivencia del mundo desde la perspectiva de aquellos que habitaron la Pampa de Tamarugal en distintos momentos (De Landa 2006; Descola 2005; Latour 2008; Viveiros de Castro 2010). Y, nos desafía a ser conscientes de las controversias entre olvidos históricos en la memoria arqueológica, integrando lo andino como formas y lenguajes performáticos en permanente transformación y significación cultural.

Agradecimientos

FONDECYT 1181829, Beca Posdoctoral 001 UCN, a la comunidad de Huara.

Bibliografía

- Abercrombie, T. (2006). *Caminos de la memoria y del poder. Etnografía e historia en una comunidad andina*. IFEA/IEB.
- Adán, L., Urbina, S., Pellegrino C. y Agüero, C. (2013). Aldeas en los bosques de Prosopis. Arquitectura doméstica y pública en el período Formativo (900 AC-900 DC) de Tarapacá, Norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 45, 75-94. <https://doi.org/10.4067/S0718-10432013000100006>
- Agüero, C. y Uribe, M. (2018). Tiwanaku in Tarapacá region (Chile): realities or illusions in the desert? En W. Isbell, M. Uribe, A. Tiballi y E. Zegarra (Eds.), *Images in action: The Southern Andean iconographic series* (pp. 305-332). Cotsen Institute of Archaeology Press.
- Agüero, C., Uribe, M., Ayala, P., Cases, B. y Carrasco, C. (2001). Ceremonialismo del periodo Formativo en Quillagua, Norte Grande de Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 32, 24-34.
- Alvarado, R., Véjar, C., Izaurieta, R. y Uribe, M. (2018). Más allá de las aldeas: Nuevas evidencias de complejidad social en la Pampa del Tamarugal durante el período Formativo (749 a.C.-996 d.C.). En Sociedad Chilena de Arqueología, *Libro de Resúmenes Simposio 1 XXI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 7-9). Sociedad Chilena de Arqueología.
- Arguedas, J.M. (1976). *Señores e indios. Acerca de la cultura quechua*. ARCA.
- Arnold, D., Jiménez, D. y Yapita, J. (1998). *Hacia un orden andino de las cosas*. HISBOL/ILCA.
- Ashmore, W. (2002). Decisions and dispositions: socializing spatial archaeology. *American Anthropologist*, 104(4), 1172-1183. <https://www.jstor.org/stable/3567105>
- Augé, M. (2000). *Los “no lugares” espacios del anonimato una antropología de la sobre modernidad*. Gedisa.
- Ávila, F. (1966). *Dioses y hombres de Huarochirí*. Museo Nacional de Historia e Instituto de Estudios Peruanos.
- Barnard, H. y Dooley, A. (2017). An ancient irrigation canal in the Pampa Tamarugal (Chile). *Journal of Field Archaeology*, 42(4), 259-268. <https://doi.org/10.1080/00934690.2017.1338117>
- Bender, B. (1998). *Stonehenge. Making Space*. Berg.
- Bermúdez, O. (1963). *Historia del Salitre. Desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Ediciones de la Universidad de Chile.
- Billinghurst, G. (1893). *La irrigación en Tarapacá*. Imprenta y Librería Ercilla.
- Binford, L. (1971). Mortuary practices: their study and their potential. En J. A. Brown (Ed.), *Approaches to the social dimensions of mortuary practices* (pp. 6-29). Society for American Archaeology.



- Bollaert, W. (1851). Survey of the Province of Tarapaca in the Departament Arequipa, Perú. *The Journal of the Royal Geographical Society*.
- Borgel, R. (1975). Algunas aproximaciones al problema de la evolución geomorfológica de la Pampa del Tamarugal (Norte de Chile). *Norte Grande*, 1(3-4), 375-385.
- Bouysson-Cassagne, T., Harris, O., Platt, T. y Cereceda, V. (1987). *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. HISBOL.
- Bradley, R. (1998). *The significance of monuments: on the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge.
- Bresson, A. (1883). Désert péruvien. Carte topographique et mineralogique de la Pampa de Tamarugal. *Bolivia Sept années d' explorations de Voyages et de séjours dans l'Amérique australe*. Challamel aîné.
- Cabello, G., Vásquez, M., Odone, C., Espinoza, F., González, F., Ballester, B. y Sepúlveda, M. (2020). Petroglifos, geoglifos, rutas y otras marcas entre Mamiña, Quipisca e Iquiuca (región de Tarapacá, Chile). Usos y desusos a través del tiempo. *Antropologías del Sur*, 7(13), 27-62. <https://doi.org/10.25074/rantros.v7i13.1105>
- Canessa, A. (2014). El pasado en el presente: explorando historias indígenas en Bolivia. *Revista Española de Antropología Americana*, 44(1), 255-273. <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/47643>
- Castro, V. (2009). *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur*. Fondo Publicaciones Americanistas de la Universidad de Chile y Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Cereceda, V. (1978). Semiologie des tissus andins: les talegas d'Isuga. *Annales Economies, sociétés, civilisations*, 33(5-6), 1017-1035. <https://doi.org/10.3406/ahess.1978.293997>
- Connerton, P. (1989). *How societies remember*. Cambridge University Press.
- Conolly, J. y Lake, M. (2006). *Geographical systems in archaeology*. Cambridge University Press.
- Couyoumdjian, R. y Larraín, H. (1975). El plano de la quebrada de Tarapacá de don Antonio O'Brien. Su valor geográfico y socio-antropológico. *Norte Grande*, 1(3-4), 329-362. <http://www.bibvirtual.ucb.edu.bo:8000/etnias/digital/106000564.pdf>
- De Landa, M. (2006). *A new philosophy of society. Assemblage theory and social complexity*. Continuum.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1998). *Mil Mesetas*. Pre-Textos.
- Descola, P. (2005). *Par-delà nature et culture*. Gallimard.
- Duviols, P. (1973). Huari y Llacuaz. Agricultores y pastores. Un dualismo prehispánico de oposición y complementaridad. *Revista del Museo Nacional*, XXXIX, 153-191. <http://repositorio.cultura.gob.pe/handle/CULTURA/789>
- Earle, T. (1991). *Chiefdoms: power, economy and ideology*. Cambridge University Press.
- Espinoza, E. (1903). *Geografía descriptiva de la República de Chile*. Imprenta Litografía i Encuadernación Barcelona.
- Gallardo, F., Cabello, G. y Pimentel, G. (2018). Signals in the desert: geoglyphs as cultural system and ideology (Northern Chile). En H. Troncoso, F. Armstrong y G. Nash (Eds.), *Archaeologies of rock art. South American Perspective* (pp. 131-150). Routledge.
- García, M. (2018). *Otra costa hay en la puna. Memorias y materialidad de un espacio pastoril en la sierra de Arica-Tarapacá, Andes del norte de Chile (ca. 2.600-4.000 msnm)*. Tesis de Doctorado. Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá.



- García, M. y Uribe, M. (2012). Contextos de uso de las plantas vinculadas al Complejo Pica-Tarapacá, Andes Centro-Sur: Arqueobotánica y agricultura en el período Intermedio Tardío (ca. 1250-1450 DC). *Estudios Atacameños*, 44, 107-122. <https://doi.org/10.4067/S0718-10432012000200006>
- García, M., Vidal, A., Mandakovic, V., Maldonado, A., Peña M.P. y Belmonte, E. (2014). Alimentos, tecnologías vegetales y paleoambiente en las aldeas de la pampa del Tamarugal: dos expresiones del periodo Formativo en Tarapacá (ca. 900 a.C.-800 d.C.). *Estudios Atacameños*, 7, 33-58. <https://doi.org/10.4067/S0718-10432014000100004>
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*. Basic Books.
- González Holguín, D. (1608). *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Qquichua o del Inca*. Francisco del Canto.
- González-Ruibal, A. (2007). Arqueología simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática. *Complutum*, 18, 283-319.
- Gosden, C. (1994). *Social being and time*. Blackwell.
- Hamilakis, Y. y Anagnostopoulou, A. (2009). What is archaeological ethnography? *Public Archaeology*, 8(2-3), 65-87. <https://doi.org/10.1179/175355309X457150>
- Hidalgo, J. (1985). Proyectos coloniales inéditos de riego del desierto: Azapa (Cabildo de Arica, 1619), Pampa Iluga (O'Brien, 1765) y Tarapacá (Mendizábal, 1807). *Chungará Revista de Antropología Chilena*, 14, 183-220. <https://www.jstor.org/stable/27801823>
- Hodder, I. (1990) *The domestication of Europe: structure and contingency in Neolithic societies*. Basil Blackwell.
- Ingold, T. (1993). The temporality of the landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174. <https://www.jstor.org/stable/124811>
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.
- Kopytoff, I. (1988). The cultural biography of things: commoditization as process. En A. Appadurai (Ed.), *The social life of things in cultural perspective* (pp. 64-91). Cambridge University Press.
- Larraín, H. (1974). Análisis de las causas del despoblamiento entre las comunidades indígenas del Norte de Chile, con especial referencia a las hoyas hidrográficas de las quebradas de Aroma y Tarapacá. *Norte Grande*, 1(2), 125-154.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Ediciones Manantial.
- Lechtman, H. y Soldi, A.M. (1981). *La tecnología en el mundo andino*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela.
- Maldonado, A. y Uribe, M. (2015). Paleoambientes y ocupaciones humanas en Tarapacá durante el periodo Formativo y comienzos del Intermedio Tardío. En Sociedad Chilena de Arqueología, *Actas XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 193-200). Andros.
- Mandakovic, V. (2016). *Historias de plantas: Curso bajo de la quebrada de Tarapacá entre los períodos Formativo e Intermedio tardío. Los poblados Pircas y Caserones (400 AC-1.000 DC)*. Tesis de Pregrado. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/167743>
- Martínez, G. (1976). *El sistema de los Uywiris en Isluga*. Universidad del Norte.
- Martínez, G. (1981). Los dioses de los cerros en los Andes. *Journal de la Société des Americanistes*, LXXIX, 85-116. https://www.persee.fr/doc/jsa_0037-9174_1983_num_69_1_2226
- Martínez, G. (1989). *Espacio y pensamiento I. Andes Meridionales*. HISBOL.
- McAnany, P. (1995). *Living with the ancestors: kinship and kingship in Ancient Maya Society*. University of Texas Press.



- Meighan, C. y True, D. (1980). *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*. The Institute of Archaeology, University of California.
- Meskel, L. (2001). The egyptian ways of death. En M. Chesson (Ed.), *Social memory, identity and death: anthropological perspectives on mortuary rituals* (pp. 27-40). Archaeological Papers of the American Anthropological Association.
- Molinié, A. (1997). Buscando una historicidad andina: una propuesta antropológica y una memoria hecha rito. En R. Varón y J. Flores (Eds.), *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski* (pp. 691-708). Instituto de Estudios Peruanos.
- Muñoz, I., Agüero, C. y Valenzuela, D. (2016). Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el período Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 a.C. a 1.400 d.C.). F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (Eds.), *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los Incas* (pp. 181-238). Editorial Universitaria.
- Murra, J. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Núñez, L. (1979). Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: riqueza y pobreza de una quebrada del norte chileno. *Atenea*, 439, 163-213.
- Núñez, P. (1984). La antigua aldea de San Lorenzo de Tarapacá, norte de Chile. *Chungará Revista de Antropología Chilena*, 13, 53-66.
http://www.chungara.cl/Vols/1984/Vol13/La_antigua_aldea_de_san_lorenzo.pdf
- Núñez, L. y Castro, V. (2011). ¡Caitunar, caitunar! Pervivencia de ritos de fertilidad prehispánica en la clandestinidad del Loa (norte de Chile). *Estudios Atacameños*, 42, 153-172.
<https://doi.org/10.4067/S0718-10432011000200008>
- Núñez, L. y Santoro, C. (2011). El tránsito arcaico-formativo en la circumpuna y valles occidentales del centro sur andino: hacia los cambios “neolíticos”. *Chungará Revista de Antropología Chilena*, 43, 487-530. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562011000300010>
- Parker Pearson, M., Richards, C., Allen, M., Payne A. y Welham, K. (2004). The Stonehenge Riverside Project: research design and initial results. *Journal of Nordic Archaeological Science*, 14, 45-60.
- Parker Pearson, M., J. Pollard, J., Richards, C., Thomas, J., Tilley, C., Welham, K. y Albarella, U. (2006). Materializing Stonehenge Riverside Project and New Discoveries. *Journal of Material Culture*, 11(1/2), 227-261.
- Pauketat, T. (2001). Practice and history in archaeology: an emerging paradigm. *Anthropological Theory*, 1(1), 73-98. <https://doi.org/10.1177/146349960100100105>
- Paz Soldán, M.F. (1865). *Atlas Geográfico del Perú*. Fermin Didot Hermanos, Hijos y ca.
- Pellegrino, C., Adán, L. y Urbina, S. (2016). La arquitectura formativa de Guatacondo y Caserones: diseño, organización y configuración del espacio arquitectónico. *Revista Chilena de Antropología*, 34, 41-63.
<https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/45148>
- Pestle, W., Torres-Rouff, C., Gallardo, F., Cabello, G., Smith, E. y Claro, A. (2019). The interior frontier: exchange and interculturalism in the Formative Period (1000 B.C.-A.D. 400) of Quillagua, Antofagasta Region, Northern Chile. *Quaternary International*, 533, 25-36.
<https://doi.org/10.1016/j.quaint.2019.03.014>
- Pimentel, G. (2012). *Redes viales prehispánicas en el Desierto de Atacama. Viajeros, movilidad e intercambio*. Tesis de Doctorado. Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá.
- Platt, T. (1997). *Los guerreros de Cristo*. ASUR-Plural Ediciones.



- Raimondi, A. (1879). *Mapa del teatro de la guerra de las repúblicas aliadas Perú y Bolivia con Chile, formado sobre los trabajos de Smith y Bollaert, Philippi, Reck, Bresson y el plano inédito sobre el desierto de Atacama de P. Høegsgaard*.
- Renfrew, C. y Bahn, P. (1998). *Arqueología: teorías, métodos y práctica*. Ediciones Akal S.A.
- Risopatrón, L. (1924). *Diccionario jeográfico de Chile*. Imprenta Universitaria.
- Rivera, C. (2018). *Campos de cultivo en Pampa Iluga, propuesta para una seriación*. Memoria de Título. Universidad SEK.
- Rivera, M. (2002). *Historias del desierto. Arqueología del Norte de Chile*. Editorial del Norte.
- Rivera, M. (2005). *Arqueología del desierto de Atacama: la etapa formativa en el área de Ramaditas/Guatacondo*. Editorial Universidad Bolivariana.
- Saignes, T. (1993). *Borrachera y memoria. La experiencia de lo sagrado en los Andes*. HISBOL/IFEA.
- Sáez, A., Godfrey, L., Herrera, C., Chong, G. y Pueyo, J. (2016). Timing of wet episodes in Atacama Desert over the last 15 ka. The ground water discharge deposits (GWD) from Domeyko range at 25°S. *Quaternary Science Reviews*, 145, 82–93. <https://doi.org/10.1016/j.quascirev.2016.05.036>
- Saintenoy, T. (2011). *Choqek'iraw et la vallée de l'Apurimac: paysages et sociétés préhispaniques tardives*. Thèse de doctorat. Archéologie des Amériques, Université Paris 1, Panthéon Sorbonne.
- Santana-Sagredo, F., Hubbe, M. y Uribe, M. (2016). Isotopic evidence for marine consumption and mobility in the Atacama Desert (northern Chile). *International Journal of Osteoarchaeology*, 26, 476-489. <https://doi.org/10.1002/oa.2437>
- Santoro, C., Núñez, L., Standen, V., González, H., Marquet, P. y Torres, A. (1998). Proyectos de irrigación y la fertilización del desierto. *Estudios Atacameños*, 16, 321–336. <https://www.jstor.org/stable/25674724>
- Santoro, C. M., Capriles, J. M., Gayo, E. M., de Porras, M. E., Maldonado, A., Standen, V., Latorre, C., Castro, V., Angelo, D., McRostie, V., Uribe, M., Valenzuela, D., Ugalde, P. y Marquet, P. (2017). Continuities and discontinuities in the socio-environmental systems of the Atacama Desert during the last 13,000 years. *Journal of Anthropological Archaeology*, 46, 28-39. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2016.08.006>
- Segura, C. (2017). *Trabajo agrícola en la Pampa del Tamarugal: uso de los espacios de cultivo en la quebrada de Guatacondo, norte de Chile*. Memoria de Título. Universidad SEK.
- Stengers, I. (2014). La propuesta cosmopolítica. *Revista Pléyade*, 14, 17-41. <http://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/14-Stengers.pdf>
- Thomas, J. (2001). Archaeologies of Place and Landscape. En I. Hodder (Ed.), *Archaeological Theory Today*, I. Hodder (pp. 165-186). Polity Press.
- Urbina, S., Adán, L. y Pellegrino, C. (2012). Arquitecturas formativas de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá a través del proceso aldeano (ca. 900 a.C.-1000 d.C.). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 17(1), 31-60. <https://doi.org/10.4067/S0718-68942012000100003>
- Urbina, S., Uribe, M., Agüero, C. y Zori, C. (2019). De provincia inca a repartimiento: Tarapacá en los siglos XV y XVI (Andes Centro Sur). *Estudios Atacameños*, 61, 219-252. <https://doi.org/10.4067/S0718-10432019005000302>
- Urbina, S., Adán, L., Moragas, C., Olmos, S. y Ajata, R. (2011). Arquitectura de asentamientos de la costa de Tarapacá, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 41, 63-96. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-10432019000100219
- Uribe, M. y Adán, L. (2012). Evolución, neolítico, formativo y complejidad: pensando el cambio desde Tarapacá (900 a.C.-800 d.C.). En Sociedad Chilena de Arqueología, *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 21-31). Sociedad Chilena de Arqueología.



- Uribe, M. y Sánchez, R. (2016). Los Incas en Chile. Aportes de la arqueología chilena a la historia del Tawantinsuyo (ca. 1.400 a 1.536 años d.C.). En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (Eds.), *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los Incas* (pp. 529-572). Editorial Universitaria.
- Uribe, M. y Vidal, E. (2012). Sobre la secuencia cerámica del período Formativo de Tarapacá (900 a.C.-900 d.C.): estudios en Pircas, Caserones, Guatacondo y Ramaditas, Norte de Chile. *Chungará Revista de Antropología Chilena*, 44(2), 209-45. <https://www.jstor.org/stable/23266193>
- Uribe, M., Sanhueza, L. y Bahamondes, F. (2007). La cerámica prehispánica tardía de Tarapacá, sus valles interiores y costa desértica, norte de Chile (ca. 900-1450 DC): una propuesta tipológica y cronológica. *Chungará Revista de Antropología Chilena*, 39(2), 143-170. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562007000200001>
- Uribe, M., Urbina, S. y Vidal, E. (2020). Arqueología y complejidad social en la Pampa del Tamarugal: Revisando los asentamientos del Período Formativo de Tarapacá, Norte de Chile. En L. Sanhueza, R. Campbell y A. Troncoso (Eds.), *Iguales pero diferentes* (pp. 211-236). Social Ediciones.
- Uribe, M., Urbina, S. y Zori, C. (2012). La presencia del Inca y la incorporación de Tarapacá al Tawantinsuyo (Norte Grande de Chile). En Sociedad Chilena de Arqueología, *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 217-228). Sociedad Chilena de Arqueología.
- Uribe, M., Urrutia, F. y Kalazich, F. (2017). Pukara y Chullpas de Nama (Tarapacá): diálogos arqueológicos, patrimoniales y políticos con una comunidad aymara del norte de Chile. *Revista de Chilena de Antropología*, 36, 362-384. <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/47500>
- Uribe, M., Angelo, D., Capriles, J., Castro, V., de Porras, M.E, García, M., Gayo, E., González, J., Herrera, M.J., Izaurieta, R., Maldonado, A., Mandakovic, V., McRostie, V., Razeto, J., Santana, F., Santoro, C., Valenzuela, K., y Vidal, A. (2020). El Formativo en Tarapacá (3000-1000 a.P.): Arqueología, naturaleza y cultura en la Pampa del Tamarugal, Desierto de Atacama, Norte de Chile. *Latin American Antiquity*, 1-22. <https://doi.org/10.1017/laq.2019.92>
- Urrutia, F. (2011). *Participación social en la quebrada de Camiña: entre los avatares de la tradición y la dinámica municipal*. Tesis de Pregrado. Universidad de Chile. <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/112635?show=full>
- Urrutia, F. (2019). *Memoria, Paisaje y Pastoreo en Visviri*. Museo Nacional de Historia Natural.
- Urton, G. (1988). La arquitectura pública como texto social: la historia de un muro de adobe en Pacariqtambo, Perú (1915-1985). *Revista Andina*, 6, 225-261. <http://www.revistaandinacbc.com/wp-content/uploads/2016/ra11/ra-11-1988-06.pdf>
- Van Dyke, R. y Alcock, S. (2003). *Archaeologies of Memory*. Blackwell.
- Velozo, F. (1974). Características geomorfológicas de la Pampa O'Brien, Pampa del Tamarugal, Tarapacá. *Norte Grande*, 1(2), 101- 112. <http://bosques.ciren.cl/handle/123456789/21972>
- Vidal, A., García, M. y Méndez-Quirós, P. (2012). Producción anual versus estacional: dos estrategias de producción agrícola durante el período Formativo en Tarapacá, Norte de Chile. En Sociedad Chilena de Arqueología, *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 183-192). Sociedad Chilena de Arqueología.
- Vidal-Elgueta, A., Salazar, E., Hinojosa, F., Uribe, M. y Flores, S. (2016). Variabilidad fenotípica en maíz (zea mays) del sitio de Caserones- 1, región de Tarapacá (cal. 20-1.020 d.C.). *Revista Chilena de Antropología*, 34, 31-39. <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/45147>

Uribe, M. et. al. (2020). Pampa Iluga y las “chacras” de los ancestros (Tarapacá, norte de Chile): tensionando materialidades y ontologías desde la arqueología. *Revista Chilena de Antropología* 42: 371-398 <https://doi.org/10.5354/0719-1472.2020.60497>



Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Katz Editores.

Zori, C. (2011). *Metals for the Inka: Craft Production and Empire in the Quebrada de Tarapacá, Northern Chile*. Tesis de Doctorado. University of California.

Zuckerman, M. y Armelagos, G. (2011) The origins of the biocultural dimensions in bioarchaeology. En S. Agarwal y B. Glencross (Eds.), *Social Bioarchaeology* (pp. 15–43). Wiley Publishing.

Recibido el 18 Jun 2020

Aceptado el 25 Oct 2020